

estrechas y tortuosas, de casas altísimas é informes, por cuyas ventanas no penetró jamás la luz del sol; cuyas fachadas ojivas y maltratadas por los rigores del tiempo, ofrecen un desgraciado prospecto de aquella época tan encomiada en nuestros dias por los poetas y novelistas; de aquella edad media, en que la humanidad se dividia en siervos y tiranos; en que los feudales castillos y los suntuosos palacios de estos, dominaban desde su altura las miserables chozas donde vejetaban aquellos á su servicio; en que las disensiones de las familias patricias, en que las luchas de señor á señor, convertian sus vasallos en guerreros, sus palacios en fortalezas, sus tortuosas poblaciones en reductos y emboscadas, donde mutuamente se defendian de las bruscas agresiones de sus contrarios.

La civilizacion, emancipando á la humanidad de tan vergonzoso yugo; elevando la inteligencia á un alto grado de esplendor; revelando al hombre su dignidad, y dándole á conocer los goces que la vida podria ofrecerle, vino á variar el aspecto material de los pueblos; y las ciudades modernas, borrando sucesivamente las ominosas trazas de su antiguo barbarismo, ostentan hoy una comodidad, un lujo, un halagüeño aspecto, que podrá, si se quiere, parecer monótono y prosáico á aquellos hombres excéntricos, que gustan de trasladarse con su imaginacion y con su pluma á las épocas nebulosas y á los contrastes marcados; pero que no por eso dejará de obtener la aprobacion de la generalidad de los vivientes, inclinados á atravesar mas dulcemente su peregrinacion en la tierra.

El París de Luis onceno y de Enrique cuarto va, sin embargo, desapareciendo rápidamente ante las poderosas exigencias de la moderna civilizacion, y hoy solo conserva como documentos de la antigua algunos barrios tortuosos, algunas calles sombrías, algunos edificios públicos que su

importancia hace respetables, y estendiendo además sus límites hasta un término que no pudieron nunca soñar sus antiguos fundadores, ostenta sobre ambas márgenes del Sena distritos inmensos, calles interminables, derechas, uniformes, amplísimas, cubiertas de edificios de elegante forma, fuertemente enlosadas con piedras cuadrangulares que ofrecen á los carruages una superficie unida y sólida, con anditos ó aceras para comodidad de los transeuntes, alumbradas de noche por el gas, disimulados con ingenioso cuidado los desniveles, cortadas las esquinas con inteligencia, proporcionados á su término los bellos puntos de vista y la fácil comunicacion.—Y digan lo que quieran Victor Hugo y su comparsa de imitadores, esto vale mas que las tortuosas avenidas de la *Cour des Miracles* (hoy convertida en una bonita plaza), y que las puertas ojivas, hora sustituidas por dóricas columnas, por elegantes balaustradas, por ámplios y cómodos perístilos.

Queda sentado arriba que París, considerado en conjunto, no puede llamarse una ciudad bella; pero es preciso explicar ante todas cosas lo que nosotros los habitantes del Mediodía llamamos una hermosa ciudad.—Ante todas cosas, nuestros ojos, acostumbrados á una atmósfera pura, á un sol brillante, buscan en el conjunto de una poblacion esta diafanidad del ambiente, esta armonía de los colores que solo hallamos en nuestro clima.—Los objetos mas insignificantes embellecidos, las distancias mas estensas aproximadas, adquieren por el reflejo de nuestro claro sol una entonacion de colorido, una armonía de agrupacion, que en vano buscaremos en donde las nubes y la bruma ejercen un imperio casi constante, é imprimen á todos los objetos un aspecto anticipado de vejez.—Asi que, considerado París desde una elevada altura, solo ofrece una in-

mensa masa de sombras cenicientas, una agrupacion de picos grises ó negros, una montaña, en fin, de pizarras, en cuyo fondo mate y sombrío vienen á apagarse los débiles rayos del sol; las calles, aunque anchas y largas, no permiten tampoco á la vista disfrutar toda su estension, por la opacidad de la atmósfera en la mayor parte del año; y los objetos lejanos de importancia, las torres, los arcos triunfales aparecen como encubiertos con una gasa mas ó menos espesa, que por otro lado no deja de prestarles cierto realce y misteriosa hermosura.

Resultado de esta constante humedad es el color sombrío que adquieren muy pronto los edificios, en términos de llegar á ennegrecer completamente los de piedra, y dar lugar en los intersticios de sus labores á un musgo verdinegro, que á nuestros ojos no puede menos de desfigurarlos.—Así, por ejemplo, la fachada de la Catedral, la columnata del Louvre, el palacio de las Tuillerías, el de Justicia y el antiguo Hotel de Ville, no ejercen sobre nosotros aquel efecto que acaso nos arrebató cuando los contemplábamos pintados; y por eso la Bolsa, la Magdalena, el consejo de Estado y el Arco de la Estrella, como edificios mas modernos, y que todavía han podido resistir á la accion de la atmósfera, nos agradan y seducen mas.

Las fachadas de las casas son por lo general sencillas y monótonas en su distribucion y colorido, y carecer tambien á nuestros ojos de aquella parte vital que prestan á las nuestras sus balcones salientes y sus extravagantes colorines.—En climas menos templados, el balcon no es como entre nosotros una necesidad; las ventanas permanecen constantemente cerradas, y la forma exterior tiene que acomodarse á las exigencias de la comodidad de los habitantes, mas bien que al agrado del transeunte.—Pero



en cambio, las casas de París no presentan las formas extravagantes de muchas de las nuestras, ni sus mezquinos tejados de barro, ni los prolongados aleros, ni los incómodos canalones, ni sucios portales y oscuras escaleras, informe y poco cómoda distribución interior.

Aquellas, en los barrios mercantiles, tienen en su planta baja tiendas cómodas y espaciosas, generalmente adornadas en su exterior con caprichosas portadas de madera pintada; un portal mas ó menos capaz, pero limpio y bien enlosado; una escalera de madera construida en espiral con rara inteligencia, aunque á decir la verdad no con gran comodidad, por el corte que da á los peldaños la forma circular de la caja; una distribución discreta y apropiada de todas las habitaciones; y una entendida economía de las luces, de la ventilación y de los conductos de las aguas, que harían bien en estudiar muchos pretendidos Vitrubios, cuya rara inteligencia se limita á hacer grandes salones, ó imperceptibles celdas; pegar columnas á las fachadas y repisas á los balcones, sin cuidar ante todo de que el edificio responda ó no á su objeto, y de que sus habitantes disfruten la mayor comodidad posible.

¿Qué dirían si vieran las casas de los barrios mercantiles de París, taladradas muchas de ellas en el interior de las habitaciones para dar paso á elegantísimas escaleras espirales de caoba, de hierro, de bronce, y hasta de cristal, que prestan comunicación entre los almacenes del piso bajo y los superiores; si observaran otras sostenidas por delgados pilares de hierro para dar mas elegantes entradas y magestuoso aspecto á las tiendas y cafés: si mirasen construir en algunas puentes de hierro sobre los patios para comunicarse las habitaciones superiores; si viesen en las mas penetrar por bajo del pavimento de la calle, y proporcionar allí espacios para las cocinas y otras necesarias



dependencias?—Sin duda llevarían á mal el ver adornar los frontispicios con ventanas circulares, ú ojivas, aplicar á ellas columnitas ó estátuas, triglifos ó festones, segun el gusto de cada cual, sin cuidarse de si Paladio lo prohibió, ó Vignola lo consiente; y hacer en el interior aquella distribucion mas análoga el carácter del habi ador; sin obligarle á que por fuerza haya de tener una sala terminada por dos gabinetes, flanqueados por dos alcobas, estas por dos pasillos, estos por dos dormitorios bien frios y bien oscuros, los dormitorios por un comedor, este por una cocina, la cocina por una despensa, y entre ambas colocado *oportunamente* el malhadado recinto que mas lejos debiera estar.—Merecerian tambien su desaprobacion los portales sin basureros y sin urinarias (vistámoslas de romano para mayor decencia), algunos ricamente enlosados de mármoles, de relieves de estuco y espejos; unas escaleras dependientes de su caja, unas habitaciones ensoladas de madera, unas paredes proporcionando espacio para las chimeneas, los tejados empizarrados, las boardillas cómodas y hasta elegantes (1).

Si pasando de los barrios industriales nos dirigimos á los opulentos y aristocráticos de la *Chauseé d' Antin* y *San German*, hallaremos allí una série interminable de verdaderos palacios, de regios edificios, á donde se ostenta la elegancia y la opulencia de sus dueños.—Muchos presentan alineadas á la calle sus soberbias fachadas, otros solamente una espaciosa puerta, que dá entrada á un jardin, ó

(1) Todas estas observaciones, muy justas hace veinte años, han perdido ya su oportunidad, y el nuevo caserío que ha cambiado de aspecto á Madrid y otras ciudades de España hace mucho honor á la inteligencia y buen gusto de nuestros modernos arquitectos.

patio, en el fondo del cual se descubre el bello palacio del magnate, el elegante casino del artista, ó la opulenta mansion del comerciante acaudalado.—Formas griegas y romanas, de la edad media y del renacimiento, árabes y rusas, *villas* italianas, *kioskos* chinescos, pabellones orientales y clásicas columnatas; todo alterna osadamente en estos sitios, segun el gusto particular de cada dueño; y por ello nadie pone la voz en el cielo; ni las academias lanzan sus anatemas; ni el ayuntamiento arma pleitos; ni los arquitectos se escandalizan; ni unos ni otros cuidan mas sino de que la calle quede alineada; que el paso esté espedito; que el edificio ofrezca solidez; y que no tengan, en fin, ninguno de aquellos inconvenientes que el interés general tiene derecho á impedir al interés privado.

En los edificios públicos ya es otra cosa; y es preciso confesar que los arquitectos parisienses pueden presentar con orgullo en todas las épocas obras de la mayor importancia arregladas al gusto y á los severos preceptos del arte.—Ni es de mi propósito, ni está á mis alcances, el hacer un análisis de ellas; pero son harto conocidas y prodigadas sus descripciones para que haya necesidad de hacer una mas.

Los antiguos templos de Nuestra Señora, los Inválidos y San German *l' Auxerrois*; el magnífico palacio del Louvre, los del Instituto, la Moneda y otros muchos; las obras modernas del Panteon, la Bolsa, la Magdalena, el Consejo de Estado, el Arco de la Estrella; los puentes de Jena y Austerlitz, son obras que ciertamente no hubieran desdeñado los griegos ni los romanos, y tanto que solo se ofrece acaso que censurar en ellas la rígida imitacion de los monumentos de aquellos pueblos y tal vez la poca analogía de los edificios con el objeto á que están des-

tinados, con las diversas creencias, las distintas necesidades de la moderna civilización.

Por ejemplo (y sea dicho sin acrimonia) á mi modo de ver, no hallo razon por la cual habiendo de edificar una iglesia destinada al culto de un Dios único, misterioso, sublime, se adopten las risueñas formas tan adecuadas á la griega mitología; que se transforme el templo de Teseo en iglesia de Magdalena la penitente, y sus relieves de triunfos humanos en otros que representan la misericordia del Redentor.—Tan ridiculo aparece tambien á los ojos de la filosofía una Bolsa de comercio bajo la forma del Partenon; una rotonda romana para servir á un mercado de trigo; otro templo griego hecho teatro, y hasta con su nombre helénico de *Odeon*.—Pero prescindiendo de este rigorismo clásico, no puede negarse á los arquitectos franceses un atrevimiento en la concepcion y ejecucion de aquellas gigantescas obras, que prueban sus sólidos estudios, y la conciencia con que cultivan el arte.

El empedrado de las calles de París, sólido, unido y formando una ligera curva con su elevacion en el centro, es en extremo cómodo para el paso de carruages, aunque los regueros que se forman en ambos lados y á la inmediacion de las aceras, no dejan de ser bastante incómodos á pesar de la inmensa multitud de conductos que impiden la aglomeracion de las aguas. Pero este inconveniente va á ser remediado por un nuevo sistema que se halla ya puesto en práctica en las calles Vivienne y de Montesquieu, el cual consiste en echar dichos regueros por bajo de las losas ó aceras elevadas, con lo cual aun en tiempo de las mayores lluvias no se verá en las calles ninguna corriente de agua.—Las ya dichas aceras son de una anchura conve-



niente respecto á la de la calle, de losas anchas de piedra ó *asfalto* (especie de betun arenoso petrificado, de que se hallan además cubiertas muchas plazas y paseos), y presentan por su ligera elevacion un abrigo contra los peligros que de lo contrario acarrearía el continuo paso de carruages.—La limpieza de las calles se verifica con asombrosa rapidez, si se atiende al inmenso recinto de la ciudad, y únicamente cuando sobrevienen las grandes lluvias ó nieves de invierno, es cuando realmente y por algunas horas se ponen intransitables.—El alumbrado público ya queda dicho que es por medio del gas, en lo principal de la ciudad, y además está reforzado considerablemente con la profusion de luces que ostentan las tiendas; pero las calles apartadas y lejanas del comercio permanecen aun poco menos que á oscuras, con sus sombríos reverberos colgados de tarde en tarde en el centro de la calle.—La numeracion es fácil y cómoda por el método adoptado tambien en Madrid, de los pares á la derecha y los impares á la izquierda, y creciendo ó decreciendo segun la proximidad al rio.—Y la policía urbana, en fin, numerosa, vigilante y activa, imprime á todo aquel conjunto una marcha constante, y conciliadora de la pública comodidad.

No se permite allí como en nuestro Madrid á los dueños de obras particulares embarazar el paso con grandes hacinamientos de escombros, cortes de maderas ó preparaciones de la cal; tampoco se ven ostentadas al aire en ventanas y balcones las ropas recién lavadas; ni se tolera á los perros andar sueltos bajo su palabra; ni á las cabras echarse á pastar en medio de las calles y plazuelas; ni se ven grupos de mendigos ostentando sus llagas, ó pidiendo con voces lastimosas; ni tropas de muchachos arrojándose guijarros; ni guijarros tampoco sueltos que pudieran arrojarse aunque quisieran; ni acémilas enormes cargadas de

sanguinosas reses ó de serones de pan; ni barreños de agua vertidos *ex-abrupto* á los pies del transeunte; ni cuadrillas de jumentos portadores de ladrillos retozando en bulliciosa alegría; ni fornidos atletas pesando carbon, ó cargándose sobre sus hombros una casa entera.—El reparto del agua, el pan, de la carne y demás provisiones de boca, de los materiales para las obras y de los muebles en las mudanzas de casa, se hace por medio de carros, enormes unos, apenas perceptibles otros, tirados aquellos por vigorosos caballos, empujados estos por niños, mugeres y hasta perros, que los hacen rodar sin gran trabajo por el buen empedrado y lo llano de las calles.

La ocupacion constante de toda la poblacion, las grandes distancias, y por consecuencia la prisa que á todos ocasionan; la rigidez del tiempo en la mayor parte del año, y el peligro, ó mas bien la imposibilidad de permanecer parado en donde todo se mueve, son causas bastantes para que no se formen en aquellas calles y plazas esos numerosos grupos de gentes baldías que atestan las nuestras, y de que todo presente allí el aspecto de la animacion y el movimiento.—Pero este punto del París *vital* merece por sí capítulo aparte; bástenos por hoy el haber borrajado ligeramente el lugar de la escena, dejando para los dias sucesivos el cuadro animado, las heterogéneas semblanzas de los actores.

---





## VIII.

### EL PRIMER DIA EN PARIS.

#### EPISODIO (1).

Para un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que, ó no se borran jamás, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

(1) Este artículo, que forma un episodio en los presentes *Recuerdos de viaje*, fué escrito en otro que verificó el autor siete años antes á Francia é Inglaterra (1833-1834). Sin embargo de esta circunstancia y de la disparidad de estilo y forma en que escribió ambos *Recuerdos*, parece oportuno colocarle aquí por la homogeneidad de objeto, aunque haya de incurrir en la repetición de algunas ideas.

Yo llegaba á París por *Charenton* (1), así como otros van á Charenton desde París (2). Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melum*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital habia abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viage, también jóven, también estrangero, y también como yo deseoso de gozar.—Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanares desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*.

Y todavía no eran estas las comparaciones mas desventajosas; pero cuando veia desplegar á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas; cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles; cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de casas de campo (*chateaux*), paradores (*hotels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian acrecer la idea de la capital que iba á conocer; cuando esta se desplegó á mi vista en toda su estension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenia yo tan

(1) En dicho primer viage habia entrado en Francia por Cataluña y recorrido las provincias de la Provençe y el Lionés antes de llegar á París.

(2) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

impresos en mi mente; cuando en fin comparé todo este magestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor ¿cuánto nos faltaba aun para esta?

—Dos leguas, me contestó.

Pero la série de casas de uno y otro lado no concluia, antes bien de bajas y sencillas, iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veia desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés... y sin embargo París no parecia.

—Conductor, ¿cuánto nos falta aun para llegar?

—¿Adónde?

—A París.

—Hace hora y media que estamos en él.

—Pues ¿cómo? ¿desde cuándo?

—Desde Charenton.

—¿Pues no habia dos leguas?

—Si señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

—¡Con que esto es París! ¡dos leguas! por cierto que es



bien grande! ¡Y en verdad que debía haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bull cío de pueblo, no eran cosa que podían encontrarse en cualquier parte...—Pero señor, ¿adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies ajenos: ¡cielos! qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los míos...! ¡Qué tristeza!.. esto será vivir solo en medio de la multitud.—Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demás (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan súcias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, qué pesadez de edificios!—¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

«*Hotel royal des Messageries.*» ¡Hola! aquí es donde haremos alto... ¡Qué confusion! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias...? ¡Ay! que el uno se lleva mis baulés, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡qué los meten en aquel coche...! ¿qué es esto, donde me llevan ustedes?

—*Entrez, Monsieur.*

—Pues señor; héme aquí trasegado con todos mis efec-

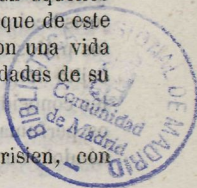
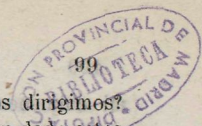
tos á un coche de ciudad; ¿pero adónde nos dirigimos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres... escojamos.

—«Conductor, al *hotel de...* Rue Richelieu.»

—«Estamos en él.»

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel* por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella, donde va á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito, confundiendo con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viageros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria; puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia.—Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magnificos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádese á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el orden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, no se estrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de menos las comodidades de su propia casa.

Héme aquí instalado en mi habitacion parisien, con





mi chimenea con su espejo incrustado en la pared; mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi relój y mis candeleros y campanillas. ¡Cuán grato es aquel primer momento en que uno entregado á sí mismo, y descansando de las fatigas de tan largo viage, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista de los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos «Estás en París.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad: los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repitará la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París; es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta gusta de ostentar sus perfecciones; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora*; ese os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luego viene el barbero con su cajita llena de unguentos y cosméticos para todos los males conocidos; y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitar-



ra y la alegría de los *Figaros* españoles.—Después se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido á la cabeza, y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*.—Luego entran las fantásticas tarjetas de *adreses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores y gabinetes de lectura de todo el cuartel.—Y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; después, dirigiéndose á vos con un aire solemne, esclamará:

—«Monsieur, mucho me aflige el tener que deciroslo, pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo.*»

—Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentre; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera Guia parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos pues á la calle.—¿Pero adónde dirigiré mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* ó el *Palais Royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguemo-

nos al númen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en días de feria en una tienda de tirolenses, en el momento en que tú deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente?—Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital.—Mírale correr precipitado de un objeto á otro, sin entenderlos ni clasificarles en su memoria; pararse de pronto y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atención un magnífico templo, como la extravagante muestra de un peluquero;—el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería;—las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estamperia, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café;—que se rie en la cara á un Sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas;—que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir *por ocho cuartos* sin saber á donde, y en seguida se apea y vuelve atrás, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacén;—y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabón, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza.—Entretanto recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos

públicos; y luego compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por dos reales; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés á deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento de la compañía holandesa; y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot y Mr. Le-price*; y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde alli quiere bajar á las *Catacumbas*; y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del cementerio del padre *Lachaise*.

Pero entre todos estos hay un momento verdaderamente solemne y magnífico, y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*.—He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real.—Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien; ahora debo añadir, que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion seria inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de



interés en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos géneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi estómago, mas positivo aun que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los *Dos Amigos* y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les-freres provencaux*. —Se ha dicho, no sin razon, que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el mas delicado gastrónomo no tiene alli la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos, que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. —De aqui la boga de tales establecimientos, que no solamente están

en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital.—Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aqui ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un exámen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante.—Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entre'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cual daríamos la preferencia.—¡Ay que no era nada!—Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el diablo*, *I Puritani*, *El Misanthropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*, *El diablo en Sevilla*, *El hombre del siglo...* Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Plessis*, *Mrs. Ligier*, *Joanny Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ibanoof*, *La Grisi*, y la *Unguer....* y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos Eliseos*, *Italia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, *el Prado* y *el Retiro*;

conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros.

Pero era el primer día que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real: creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al Teatro de Racine y de Corneille.—Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salía á ejecutar el papel de *Celimene* en el *Misántropo*.... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel día; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con dirección á la *Academia Real de música*, donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Meyerbeer.

Allegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realizados por una admirable ejecución y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el mágico vuelo de *Mlle. Taglioni*, y demás comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera, el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches; sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés*; sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas*





que a tales horas debieron necesariamente almorzar; sin acordarme en fin de que estaba en París de mis proyectos para el siguiente día reconcentrándome completamente en el asunto, hasta que me puse dormido en aquel dichoso término que media entre la gran posada de la calle de la Harpe y las espaldas de las gradas del gobierno.

Desperté a las once y media de la mañana, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño.

Me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño.

Me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño. Me levanté con el corazón muy triste, y me acordé de haberme dormido en un sitio tan extraño.

## IX.

### PARIS ANIMADO Y MERCANTIL.

No es ciertamente la inmensidad de las calles, ni la belleza de los monumentos lo que mas admira el forastero cuando llega á pisar á París; es sí la animacion y movimiento de su poblacion, el espectáculo de su vida exterior, el contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres, en ocupaciones, en caracteres; la constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo; el pomposo alarde de la inteligencia humana, y el horizonte inmenso de placeres que el interés y la civilizacion han sabido estender hasta un término infinito.

Preciso es convenir, sin embargo, que muchas de las que se llaman comodidades de la vida parisiense, no son otra cosa que medios inventados para destruir obstáculos, para satisfacer necesidades que en otros pueblos no existen; y que por lo tanto lo mas que consiguen es nivelarle con aquellos en cuanto á la satisfaccion de tal ó tal necesidad; mas no por eso debe dejar de admirarse los inge-